

Portugal, con D. Beltrán de la Cueva, se encargaron de alinear los salones con las galas y las flores venenosas del adulterio.

¡Qué triste morada!

De allí salió, tal vez condenado á muerte, el privado don Alvaro de Luna, y exonerados otros personajes.

Por último, dentro de aquellas murallas hubo escenas brutales, actos de feróz tiranía, excesos, crápulas y orgías; todo en la impunidad del silencio, todo sin resonancia en la corte, porque para ese fin, el oscuro castillo del Pardo alzaba sus muros y escondía sus torres, en el bosque sombrío, en la maraña del desierto.

Cuando, andando los tiempos, la fortaleza se convirtió en Palacio, y se vistió de tapices, y se engalanó con muebles caprichosos del mejor gusto y del mayor precio, no por eso perdió su aire tosco, su aspecto rudo, su continente salvaje, amedrentador.

Hacia siempre frío en aquellos salones; se sentía vagar por ellos el espíritu de la muerte, y, sin poderlo evitar, aquejaban á uno angustias y melancolías, deseos de escapar al monte, al valle, á las cumbres, á cualquier parte que no fuera el recinto murado y oscuro del Pardo, que llora en todas las estaciones la ausencia de los placeres lícitos de la vida social.

.....

¿Por qué fué á esos sitios D. Alfonso XII en una mañana fría del mes de Noviembre? ¡Misterios del corazón hidalgo! D. Alfonso se sentía desfallecer, y quiso que no le vieran morir. Como era tan animoso, tuvo aliento en la hora suprema para dársele á su amante esposa, y exhaló el último suspiro.

El país tardó mucho tiempo en volver de la tremenda sor-

presa. Hay un camino, regado de lágrimas, desde el Pardo á Madrid, que es la vía del dolor. Hay otra senda de espinas, que llega hasta el Escorial, donde fué sepultado el cadáver del joven Monarca. Hay un palacio sobre el Manzanares, con horizontes de luz y perspectivas alegres, que no ha recobrado todavía por completo la animación de las grandes fiestas palatinas, porque en él reside la interesante viuda, y su dolor es eterno; porque falta la sombra del ser querido que todo lo llenaba. De la cámara nupcial, se ausentó el amor; de la mesa de familia, el padre, el esposo, el hermano, el hijo amante; el Rey popular y... demócrata, el Soberano de un pueblo heroico, el general bizarro que nos dió la paz.

Hoy, en los aniversarios de la muerte de D. Alfonso, en todas las iglesias católicas de ambos mundos, se reza por él y se pide á Dios por la Reina doña María Cristina, que, como la mujer fuerte del Evangelio, posee el sentimiento y la delicadeza del deber, y sacrifica su juventud, toda su existencia á la misión que el eterno le ha confiado; todas las horas á excepción de una de... recuerdos en la soledad de su cuarto, y otra sublime para respirar dichosa, en la vida inocente de sus hijos.

En las iglesias pobres hay plegarias fervorosas por el alma del Rey.

En las iglesias ricas, como la de San Francisco el Grande (que está guarnecida y repujada de oro—con permiso de la liturgia—en placas de gusto oriental), la oración viene á ser un acto místico palaciego; de homenaje al Soberano, de veneración al muerto, de defensa enérgica del principio monárquico.



Oraciones y juramentos; actos de amor y lealtad; protestas de adhesión, y remembranzas de cariño... todo llega al cielo por el camino del espíritu. Y el gran Rey, que vela por nosotros, lo recibe con júbilo melancólico, porque aquí abajo, á través de las esferas celestes, en un rincón egregio de grandes esplendores y de supremas tristezas, tiene á la que fué compañera de su vida, y á los hijos de su corazón, que todas las mañanas y todas las noches, juntan las manecitas para rezar por su padre y enviarle besos.



El violinista de la Cibeles.

DESAPARECIÓ ó poco menos (se le vé ya rara vez) al día siguiente del ensanche de la gran Plaza.

Era un pobre ciego, todavía joven y muy simpático. En sus ojos sin vista, siempre fijos y siempre inmóviles, había dejado la tristeza un resto de indefinible melancolía. En su cara enjuta y ajada, aún había señales de la horrible contracción que agitó sus miembros aquel día pavoroso que fué el principio de la noche eterna para el desdichado músico.

Cuando se le murieron aquellas dos *niñas* que cual hijas cariñosas le seguían á todas partes, vestidas con las sedosas pestañas que en verano las resguardaban del sol y en invierno del frío, el violinista experimentó el mayor de los dolores, causado, no tanto por la cruel operación á que tuvo que sujetarse, como por el desaliento que invadió su enfermizo cuer-

po al pensar que ya no podría seguir formando parte de la orquesta en que se alistó muy joven; que iba á faltarle el sustento, y que en adelante, al ensayar en la soledad de su bohardilla, al lado de su madre anciana, el poético *adagio*, lleno de pasión y de ternura donde se mecía el alma, percibiendo en cada nota el sonido de las cien voces unidas que después lo habían de ejecutar con él en el concierto, no se extremece- ría ya su corazón, ni «sentirían» sus ojos, ni podría ver en los de la viejecita, que vivía por la música y *de* la música, las lágrimas furtivas de orgullo maternal que pocos días después arrasaban los del auditorio conmovido y enloquecido por la melodía arrebatadora del *Cantabile*.

Pero tuvo que resignarse con su infortunio, merced al cual se evitó el cruel espectáculo de la pérdida de su madre, que como si estuviera esperando á que su hijo no pudiera verla morir, aminorándole así la pena, falleció á los tres días de aquél en que éste perdió la vista. La miseria se cruzó en la escalera de la casa con el doctor oculista que bajaba de decirle al enfermo la desconsoladora frase de «no hay remedio,» y desde aquél instante el violinista ignorado, que pocos meses antes hacía prodigios de ejecución confundido con sus compañeros de orquesta, tuvo que pedir limosna, no con la voz estenuada por las privaciones, gemido débil que apenas hubiera llegado al oído de los transeuntes, sino hablándoles al alma con los acentos del violín que *lloró* sus amarguras y casi le dió consuelo en sus desgracias.

*
* *

¿No le visteis como yo, incontables veces?

Yo me aboné á *diario* á los conciertos del pobre ciego, que ya sin escenario donde poder lucir su mérito, y casi sin violín, pues las dos tapas de la caja sonora no tenían como cuando salieron de la fábrica, el mismo contorno y las mismas curvas de superficie, sino que se habían agrietado á trozos, y á cada lado presentaban junto al recorte ó escotadura, que permite el libre juego del arco, una infinidad de abolladuras y arañazos, salía de su casa en cuanto comenzaba á anochecer y tomaba rumbo hacia la fuente Cibeles, cerca de cuya verja se sentaba en una banqueta de tijera, colocando los mal calzados piés sobre un trocito de alfombra, y haciendo que el acompasado sonar del agua que caía sobre los leones le sirviera de contrapunto, tocaba una tras otra romanzas y melodías, andantes y minuets con tal delicadeza y sentimiento, que la gente hacía corro para escucharle.

Noté que mostraba singular predilección por dos bellísimas obras, el *Ave Maria* de Gounod y la *Serenata* de Schubert. Con la primera pensaba acaso en su madre, rezando por ella una plegaria íntima. La segunda debía traer á su memoria recuerdos de aquellos tiempos felices en que podía ver la batuta del director, deteniendo con una señal apenas perceptible, en la mitad de un *fuertísimo tutti*, el movimiento de todos los brazos para que resultara bien la inefable languidez de la fermata dulcísima ó del *minuendo* que apenas debe oírse; de aquellas horas en que el cielo del arte se abría ante sus ojos sin que se acordase siquiera de la tierra.

.....



Muchas veces, aunque me expusiera á llegar con retraso al sitio donde me encaminaba, hacía alto cerca del ciego, y no me atrevía á darle la cotidiana limosna hasta que concluyera de tocar, por no interrumpirle en sus sueños, por no destruir de pronto la dulce *reverie* á que se entregaba sin duda su alma, con la triste realidad simbolizada en la moneda de cobre que depositaba en su cestillo.

Todos, repito, le habéis visto como yo. No faltó nunca á su puesto, y, en ocasiones, permaneció en él aunque el frío hiciera difícil el juego de los dedos sobre las cuerdas del violín, ó la lluvia llegara á inundar el interior de su caja.

Ya no había aplausos para el joven artista. Ya no interpretaba á Mozart en medio del silencio de centenares de oyentes, sino entre el ruido que producía sobre las baldosas el rápido taconeo de los que por allí atravesaban y los silbidos del tranvía dando la voz de alerta á los distraídos.

Yo no he vuelto á ver á *aquel* violinista.

Es un *recuerdo* más de este Madrid transformado.



Frascuero.

El día 12 de Mayo de 1890, el popular espada Salvador Sánchez (*Frascuero*) se retiró de la profesión en que alcanzó tan justa celebridad; Madrid entero se conmovió de extremo á extremo aquella tarde y llenó hasta los topes la Plaza de Toros para presenciar la famosa corrida en que el veterano, remozándose, bregó seis torazos del duque de Veragua y estoqueó tres, con el entusiasmo y la brillantez de sus mejores tiempos.

Salvador ha sido, de todos los individuos que peinan ó peinaron coleta, el más aplaudido y el más censurado; el más estudiado y el peor comprendido; el *favorito* y el *enemigo*; el juguete, en fin, de una masa que no llegó nunca á darse

cuenta, salvo contadas excepciones, de lo que era y de lo que valía el famoso granadino. Y así, Salvador no olvidará seguramente, mientras viva, las temporadas de 1876 y 77, en que fué encumbrado hasta las nubes, ni las que siguieron á esas, en que, dejándole caer de lo alto, llegó á mostrarle el público un desvio rayano en postergación.

En la primera de dichas temporadas, el justo renombre sometía su alma á todas las pruebas de valor; los aplausos le cegaban; las ovaciones le seguían; cada quite arriesgado era una pila eléctrica que ponía en conmoción á 13.000 espectadores; cada suerte, una gloria; cada estocada, un triunfo.

Una tarde, un toro de Adalid tiñó sus astas con la sangre del diestro, y el público, indignado, colmó de injurias al cornúpeto, á los compañeros que le cercaban, y que ninguna culpa tuvieron en la desgracia. Y, después, los teatros se ocuparon del triste percance con coplas que el pueblo mezcló bien pronto á sus cantos populares; se celebró con músicas y danzas el restablecimiento del herido; se poblaron los balcones para admirar el paso de la carretela que conducía de nuevo al diestro al sitio del peligro; se llenó la plaza: era jueves, y el trabajo rindió parias al valor para ver si este escapóse de la herida... y se colmó la medida del entusiasmo. Salvador no se había huído: dos toros, dos estocadas; nuevo frenesí, y casi en seguida... el descenso de la marea, y poco después una reacción tan brutal como inexplicable; la emoción transformada en desvío y en cansancio; el mérito despertando la envidia del propio admirador; el público *incomodado* por tantos aplausos.

El ídolo vió que vacilaba su pedestal, que sus alardes de

valor se calificaban de *ignorancia temeraria* (cuando quizá no ha existido otro lidiador que apreciase como *Frascuero* la dificultad y la cuantía del riesgo) sus *quites* gigantescos, de prurito de eclipsar á los compañeros; su afán de consumir la suerte de recibir, suprema en el toreo, de petulancia extemporánea; su seriedad, de soberbia; sus sonrisas, de vanidad... y como aquel otro ídolo de la leyenda india, antes de que lo sepultasen en el polvo, él mismo se salió del templo.

*
* *

No ha llegado—ni era fácil—á ponerse en claro la causa del *repudio* que siguió á esas épocas de *dominio universal*, de absorción completa que tuvo Salvador, pero es lo cierto que, á renglón seguido de ellas, solo encontró desvíos, y resistencias, y frialdades, y que habiendo estado siempre á partir un piñón con Rafael Molina, con quien jamás mantuvo competencias de... pueblo, sino pugilatos nobles, serios, artísticos, cariñosísimos en el fondo, tuvo que cederle el puesto cuando en uno y otro día, vió y apreció y ¡por qué no decirlo! lamentó que se aplaudiera más á *Lagartijo* en sus tardes *negras*, un mal pinchazo con paso atrás, que á él una de aquellas estocadas sobrehumanas en las que siempre se *entregaba*, y que han pasado á la historia con el nombre de *frascuelinas*.

¡Qué asombrosa competencia la de esos dos, entonces arrogantes jóvenes y hoy ancianos encorvados por el *peso* de los años! Ellos solos llenaban las Plazas de Toros y mataban sin sorteos, sin *bolas*, sin pataditas, sin sentarse en el estribo,

sin ninguna de las mojjanguerías con que los diestros *modernistas* ocultan las faltas de inteligencia y de valor. ¡Veinte años de pelea ruda, constante, laboriosísima! ¡Veinte años de echar á tierra los toros más grandes y de más respeto que se criaban en los cerrados! ¿Quién llegará á realizar otro tanto?

Frascueto tuvo, sin embargo, como he dicho, menos suerte con el público madrileño que Rafael, y, debido á su *mala sombra* (la tenía sin género de duda) hubo de *destrerrarse* por espacio de algunos años para que el tiempo y la ausencia aplacaran una tempestad que levantó no sé quién, pero que se cernía amenazadora sobre la Plaza de Toros en casi todas las corridas en que tomaba parte.

El tiempo y la ausencia, los grandes remedios de los enamorados, tenían que producir el resultado que producen siempre á los amantes: ó un olvido absoluto, ó un vivísimo deseo de volverse á reunir. Lo primero no podía ocurrir, tratándose de un torero tan valiente y popular y tan necesario en la plaza como *Frascueto*; y ocurrió, naturalmente, lo segundo. Tenía el público sensato ganas de aplaudir de nuevo á Salvador, como éste las tenía de volver á pisar el redondel de Madrid.

Y volvió, para regocijo de los aficionados netos. Hizo su *reprise* la tarde del 31 de Octubre de 1884 (en que se verificaba, por cierto, la última corrida de la temporada: una *extraordinaria* dispuesta en su honor); se contrató otra vez el 85, de nuevo el 86, actúo de primer espada en 1887, y no faltó ya, puede decirse, de la plaza madrileña, sino el tiempo á que le obligaron sus *salidas* ó sus cogidas.

La retirada de Salvador Sánchez no fué obra de su iniciativa ni de sus reflexiones, fué obra exclusiva de su familia, de su mujer, de sus hijos, de sus amigos íntimos, que veían los riesgos que él se obcecaba en desconocer.

Y en esto no le faltaba razón, hay que ser francos, porque él, el *Frascuélo* de las legítimas corridas de toros, de las corridas duras, de peso, erizadas de compromisos, creía, y no sin razón, repito, que había de poder seguir toreando *como quien lava, y cobrando letras* á la hora de matar; estas corridas modernas, *enanas*, terciaditas, descargaditas y... aborregaditas que Madrid ha visto en su plaza desde 1887 hasta la fecha, en que la empresa actual parece inspirarse un poco en las buenas practicas. Pero es posible á la vez, dado su pundonor, que el susodicho cambio operado en el respeto de las reses, le decidieron á no resistir por completo á los consejos de sus deudos y amigos.

Ello es que antes de resolverse pasó Salvador por interminables vacilaciones, que pidió *asesores* (como los presidentes neófitos), que se sublevó contra todos los que le hablaban de jubilación. y que en esas luchas entabladas entre el amor propio y el amor de padre y esposo, entre la ambición de triunfos nunca satisfecha y el convencimiento de su reputación ya invulnerable, entre el legítimo afán de nuevos *ingresos* y la dificultad de no saber ya qué hacer con las *existencias*; en esas luchas, digo, puso á prueba la paciencia de su familia, y la proporcionó más de un disgusto, cuando exclamaba rotundamente, con una decisión casi feroz: «No, no me retiro... Mañana firmo la nueva escritura de Madrid».

En casa de un íntimo de *Frascuélo*, D. Manuel Pardo, el



propietario del hermoso monte *La Victoria* de Torrelodones, me encontraba yo una noche del mes de Febrero de 1890, y allí tuve ocasión de conocer uno de esos arrebatos de Salvador, y de presenciar una de las amargas intranquilidades de su mujer. Habíamos cazado todo el día en esa finca, muy próxima á la que en el mismo Torrelodones posee Salvador; estábamos empezando á cenar, cuando se abrió de pronto y con estrépito la puerta del comedor, y entró en él, casi sin aliento, pálida y sollozando, la esposa de *Frascueto*.

—Venga usted, por Dios, venga usted enseguida, D. Manuel—le dijo á Pardo—que ese hombre está hoy como loco, y dice que irremisiblemente no se quita este año de los toros. Venga usted, que á usted le respeta.

Manuel Pardo, sonriendo, pues había ya intervenido muchas veces en incidentes análogos, nos pidió que dispensáramos un momento, y cogiendo un farolillo se fué al coto del gran espada. Volvió á poco, diciendo:

—¿Veis?... Esto ocurre casi todos los días. Salvador se resiste, lucha, pero es un niño de quien se hace lo que se quiere, y tiene, además, un gran corazón que no gusta de mortificar á los que le aman. Le dejo tranquilo. Vaya usted, Manuela, que ya está convencido... por hoy.

* * *

Desde el día 12 de Mayo de 1890, Salvador se *sepultó*, esta es la palabra, en su monte de Torrelodones. Dejó de ser *Frascueto* y entró de lleno en el uso escueto del... Salvador Sánchez.

Apenas ha venido á Madrid. Rara vez se le ha visto en la Plaza de Toros. ¿Lee siquiera las revistas de las corridas? No se sabe. Yo le encuentro con frecuencia en Villalba, adonde va á presenciar ó á dirigir encajonamientos de toros, y en la estación de ese pueblo le ví una noche, sentado en un banco del andén, triste, pensativo, vestido como visiten los guardas de los vedados, sin una alhaja, sin un resto siquiera de sus pasadas y amañeradas... *coquetcrias*. Y, además, solo, aislado, sin que nadie cruzase con él una palabra. Yo bajaba de El Escorial, y no tuve tiempo de apearme, por lo bre-

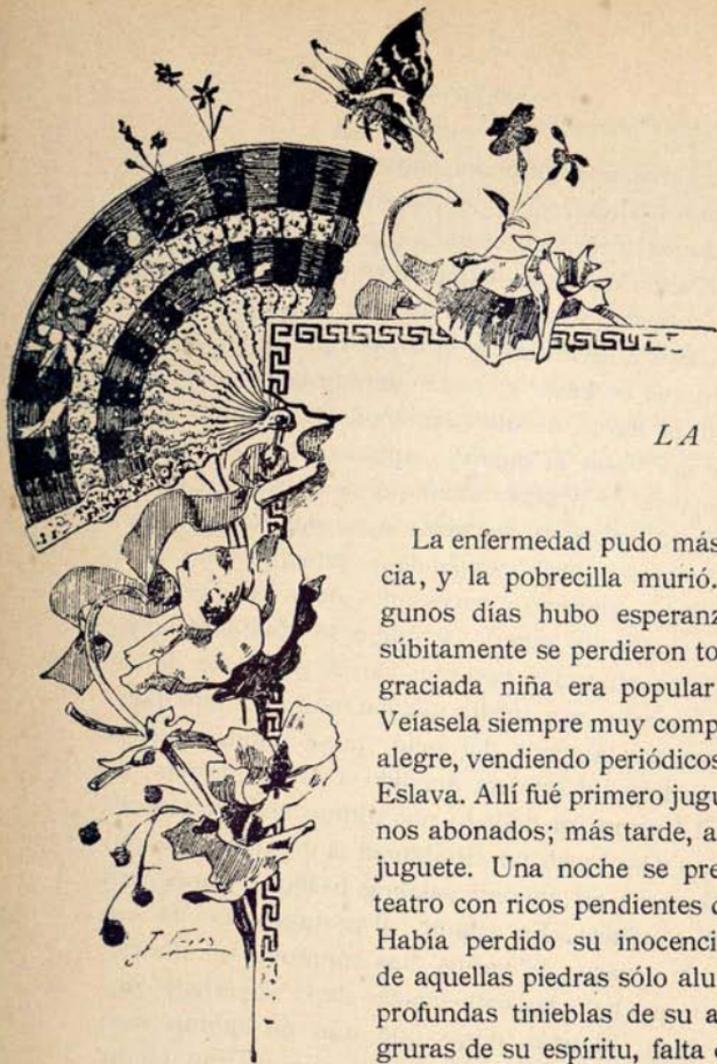


Clavador Uraya

ve de la parada; si no, le hubiera saludado, siquiera por sacarle de sus reflexiones, que bien pudieran versar esa noche sobre la *mudanza de los tiempos*, sobre el olvido de las gentes, pues aquel *solitario* del banco verde, de la estación de Villalba, no se había visto así nunca, que de continuo, estuviese donde quisiera, le rodeaba una porción de gente y estrechaban su mano personas á quienes ni de vista conocía.

Cuando el tren continuó su marcha se me ocurrió á mí, pensando en *Frascuelo* y en lo que había visto, que podría decirse, parodiando un texto sagrado:

—Recuérdale ¡oh público! siquiera porque amó mucho...
tus aplausos.



LA LOLILLA

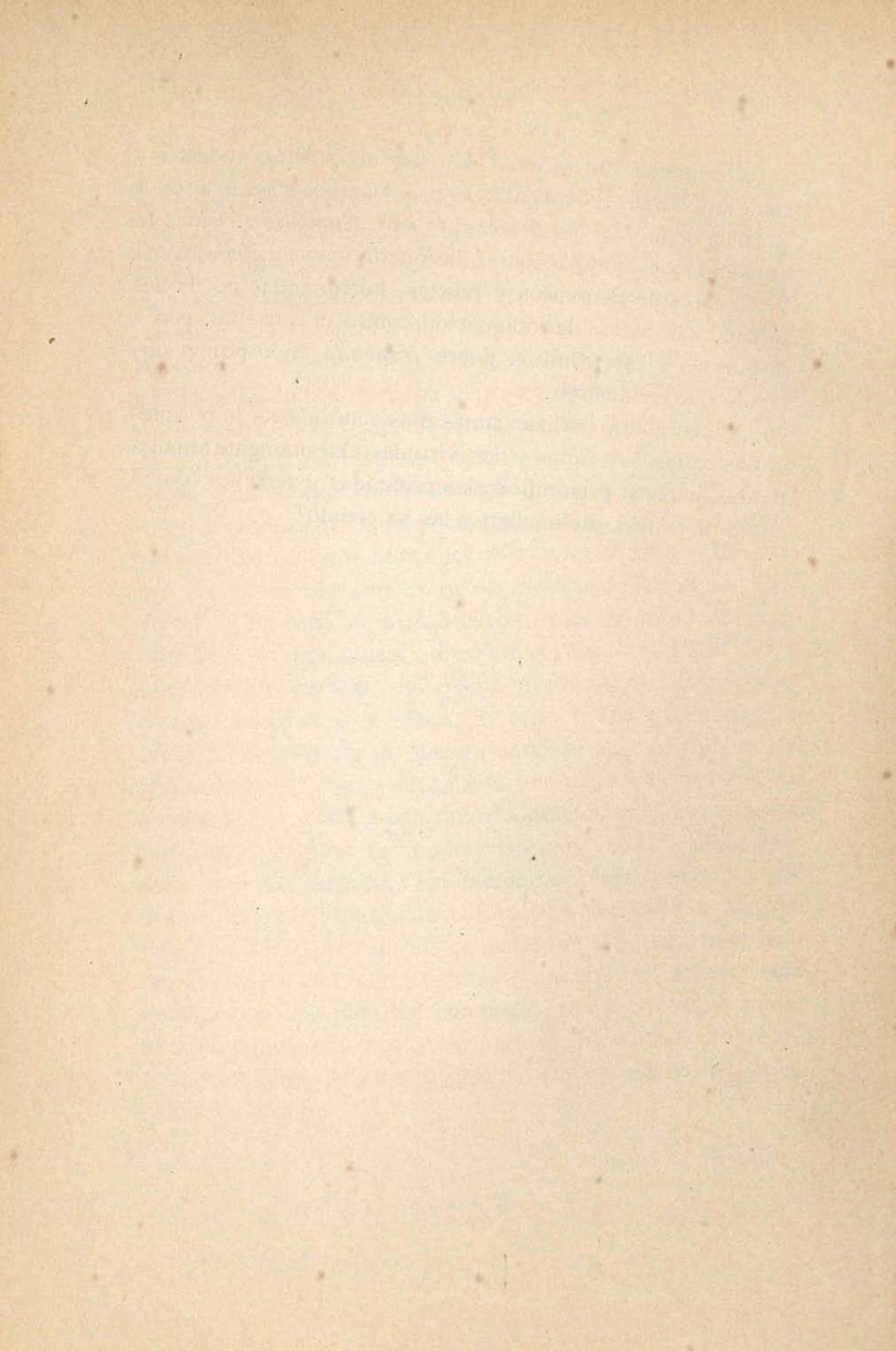
La enfermedad pudo más que la ciencia, y la pobrecilla murió. Durante algunos días hubo esperanza; después, súbitamente se perdieron todas. La desgraciada niña era popular en Madrid. Veíasela siempre muy compuesta y muy alegre, vendiendo periódicos en el teatro Eslava. Allí fué primero juguete de algunos abonados; más tarde, algo más que juguete. Una noche se presentó en el teatro con ricos pendientes de brillantes. Había perdido su inocencia y el brillo de aquellas piedras sólo alumbraban las profundas tinieblas de su alma, las negras de su espíritu, falta de apoyo de dirección, de una mano amiga que la apartara de los peligros, de una voz consejera que la enseñase la virtud, que la hablase del pudor, de la honradez,



del trabajo que perfectamente podía haber desempeñado. Otra noche un jovenzuelo audaz besó su rostro en el recodo de un pasillo, y fué aquel un beso preventivo, de esos que son un contrato bilateral en que taxativamente se establece el repugnante derecho convenido bajo la fórmula de *do ut des*. Ella se acostumbró á esos atrevimientos, quizá porque en su desgracia no sabía lo que es besar el rostro de su madre, la mejilla de su padre, ni la frente de sus hermanos. Quizá supo alguna vez lo que era besar al pajarillo aprisionado, beso que se da por una especie de apetito felino que se ejerce sin intención de venganza, aunque martiriza á la víctima inocente, pero de fijo no besó nunca los piés de un crucifijo y no supo que ese es el beso supremo y sacrosanto de la religión universal. ¡Cómo había de saberlo si nadie se cuidó de enseñárselo! Con otra educación, con más cariño por parte de los que debieran dárselo, esa infeliz muchacha no hubiera bajado tan rápidamente la senda del vicio, ni se hubiera dejado besar en los teatros, ni hubiera acudido á cenas íntimas, ni frecuentado el Casino, ni hallado por último en una de esas excursiones, su desastroso fin. Si alguien la impulsaba, como me dijeron, á obrar así, no hay palabras bastante duras para acriminar tal conducta. En cuanto al protagonista de ese drama que por espacio de varios días conmovió á Madrid, tengo para mí que bajo las callosidades de la superficie conservará sin duda, algunas fibras que aún no habrán sido heridas por una parálisis completa, que aún podrán vibrar al soplo de una emoción, y la habrá experimentado muy fuerte al apercibirse del funesto resultado de aquella noche de in-calificable locura.

El entierro fué original. Un gentío inmenso rodeaba al diminuto féretro. Semejaba éste á aquel que aparece en la portada de la *Marcha fúnebre de una Marionetta*. Entre las personas que acompañaban á la muerta iban muchas jóvenes vendedoras de periódicos y billetes, horrorizadas por la desgracia, saturadas de indignación contra el causante, pero... dispuestas á caer como la pobre *jorobada* en el primer obstáculo que encuentren.

¡Quién podrá analizar jamás esas naturalezas imposibles, en las cuales los vicios y las virtudes extrañamente amalgamadas, parecen personificar las profundas y terribles convulsiones del suelo que habitan y las ha creado!





MARIANO FERNÁNDEZ

Fuvo, durante algunos años, allá por el 1876, en el vecino pueblo de Pozuelo de Alarcón—cuando aquéllo casi era un erial—un modesto y lindo hotelito, al que se iba á descansar cuando no trabajaba, *rara avis*, y á pasar algunas tardes de días laborables sin ensayo.

Cuando lo compró dijéronle unos amigos:

—Mariano, ¿para qué demonio has adquirido esta casa?

Pues... para colocar los «sombreros», que ya no me caben en Madrid, es decir, en mi «pisito» de Madrid.

¡Inolvidable Mariano! Difícilmente ningún actor cómico llegará á ejercer en los públicos la soberanía absolutísima que él tuvo.

Ante todo y sobre todo (y cuenta que por infinitos conceptos Mariano Fernández fué meritísimo) el gran actor se singularizó por su ferviente culto al trabajo. Desde el año 1831 al de su muerte, apenas tuvo un día de descanso.

Único y verdadero intérprete de Calderón, Tirso y Moreto, nadie como él «entendió» ese teatro, ni acertó á darle su verdadero y justo tono de *color*.

El público «presentía» por decirlo así, la salida á escena de su actor predilecto, y rara vez se equivocó; rara vez al decirle entre bastidores el traspunte «¡prevenido!» dejó de escucharse allí dentro el murmullo de satisfacción, de risas prontas á estallar, el ruido que hacían los espectadores para acomodarse mejor, y prepararse á divertirse con las felicísimas ocurrencias—genialidades diríamos ahora—del popular Mariano Fernández.

Su indumentaria fué célebre. Especialmente en sombreros, chalecos y casaquines extravagantes, tuvo en su guardarropa tanto, tan «raro» y tan bueno, que bien valía todo aquello una porrada de duros.

Citar los tipos y personajes en que Mariano Fernández realizó verdaderas maravillas «haciendo» lindos mohínes, picarescos, interminados, traviosos, equivaldría á citar una por una, en interminable *lista grande*, siempre con premio para el simpático veterano, todas, absolutamente todas las obras en cuya interpretación tomó parte.

Pero, ¿recordáis el lego aquel de *Don Alvaro ó la fuerza*

del sino, verdaderamente arrancado á la realidad, y aquella escena del átrio del convento que él por sí solo animaba y convertía en brillantísima nota de color?

Entre sus éxitos más «sonados,» obtuvo una comedia de Ventura de la Vega, titulada *La familia improvisada*, que se representó en el teatro Español la friolera de **120** noches.

Mariano Fernández, *colaboró* generalmente con todos los autores cuyas obras representó, y lo digo, porque tradicional fué en él su afición á «meter morcillas,» (como se decía entonces) hasta el extremo de que puede considerársele como «génio creador» de la *morcilla* literaria á la que, y no es broma, debieron su salvación un gran número de producciones escénicas.

Eran tan grandes la autoridad y el prestigio de aquel *cómico*, que el público se lo aceptaba todo, lo fino y lo... » gordo,» lo ingenioso y lo vulgar. Cuando se trataba de esto último, eran *cosas de Mariano*; cuando el «añadido» resultaba de esquisito buen gusto artístico, *nadie tiene el talento que este hombre.*

Además de actor fué *cantante*, y en las tonadillas (cuyo imperio sobre la escena supo mantener aún enfrente de los primeros arrebatos del «género chico») cantó de todo, de tenor, barítono, bajo; de todo menos de tiple. *Los polvos de la Madre Celestina, La pata de cabra, La almoneda del diablo...* Felices tiempos aquellos.

Jamás se rió en escena.

Nunca se permitió la más ligera broma con el auditorio, y eso que de continuo tenía en él amigos á centenares.

La especialidad de sus *chistes* consistió en eso: en la se-



riedad con que los decía, sin descender jamás á la chocarrería ni á la contorsión.

La razon de la autoridad que con el público tuvo, estribó también en que ni por asomo se permitió con él la más pequeña libertad, ajena á su papel sobre la escena.

Hoy no encuentro más que un actor comparable—y aún semejante en determinados momentos—á Mariano Fernández; Juan Balaguer.

Mariano Fernández fué un hombre de familia honrado y ejemplar.

En los últimos años de su vida, cuando ya había vendido la casita de Pozuelo de Alarcón (que hoy posee D. Angel Canosa) fué presidente de la Congregación de Nuestra Señora de la Novena, á cuya vírgen profesaba el abuelete, fervorosísimo culto.

Ella le consoló en sus últimas horas.

Y por lo que á Fernández hace, creo que su recuerdo no lo ha olvidado ni lo olvidará fácilmente este Madrid, que tanto le quiso y distinguió con sus aplausos.



FELIPE DUCAZCAL

SE hablaba de él en Madrid, tanto y tan á menudo que no hubo nadie que no le conociera.

Pudo su celebridad no extenderse más allá de las tapias de la corte (cuando las había), pero lo que es dentro de la coronada villa, ni *Frascuelo* en su oficio, ni Castelar en su género, ni el inmortal Mariano Fernández, ni Vico, ni Echegaray, subieron en tan poco tiempo, tan alto como Felipe.

Es verdad que para mirarnos ó medirnos á vista de pájaro, subió una ó dos veces en el globo que acabó por matar á

su capitán, el aereonauta Mayet, dejando vivo y sano á Ducascal, para narrar la aventura á sus amigos.

*
* *

¡Maldita sea mi suerte!—exclamó el día de su primer éxito, no precisamente porque éste la causase dolor, sino porque venciendo, se vió privado de la emoción amarga del fracaso, y contaba con ella; la esperaba curioso, para apreciar mejor y disfrutar doblemente de los caprichos de su maldita suerte.

Felipe Ducascal fué activo, generoso, dadivoso y espléndido, cuando hubo necesidad; emprendedor y aventurero. Conoció mejor que nadie los gustos del público que con él vivía identificado, y se apresuró á satisfacerlos con una resolución tan firme y decidida, que en ocasiones pareció temeraria.

Fué empresario afortunado de casi todos los teatros de Madrid; pagó con religiosidad á sus actores, se hizo amigo de ellos, les ayudó en sus cuitas y les colmó de regalos en los beneficios. Cultivó con *amore* y con igual inteligencia, toda clase de espectáculos; se apasionó por muchos y contribuyó más que nadie á formar la atmósfera caldeada de los grandes éxitos. Para estos fines, valió Felipe más que la *claque* junta de todos sus teatros.

Recuérdense aquellas veladas ruidosas, casi delirantes, de la sala de Novedades, cuando *Miss Leona* se enseñó por primera vez «vestida» de... Eva y veremos á Felipe en el sitio preferente, más próximo á la Venus gimnástica, soltar á todo vapor el entusiasmo removido de su alma, y convertirlo en espléndida y cariñosa manifestación á favor de la artista.

¡Maldita sea mi suerte!... Dijo, en el colmo de su admiración, una noche; no he de parar hasta que *miss Leona* me suba, con los dientes, más arriba de las bambalinas. No recuerdo si realizó tal propósito.

He dicho que Felipe cultivó por igual toda clase de espectáculos: desde los acróbatas, hasta los fantoches; desde los reptiles domados, hasta las fieras sin domar; desde las especialidades cultivadas, hasta los fenómenos; desde el cante flamenco, hasta la zarzuela... heroica; desde ésta, á las comedias de magia, y desde la declamación melodramática de Valero, Morales y Casañer, hasta la romántica de la Mendoza, Calvo y Vico; desde la *Menegilda* famosísima que por un real exhibió al público—por aquella sazón descarriado en sus aficiones—el cosmorama de la *La Gran Via*, hasta la Montaña Rusa, derrumbadero del amor que Ducazcal instaló, con gran fortuna, en el Retiro.

*
* *

Felipe Ducazcal fué artista.

La prueba de ello le dió en aquel *su* TEATRO FELIPE; teatro de madera, ligero, cómodo, transportable, que parecía dispuesto para una mutación estilo Zumel, con el que realizó el prodigio de atraer y divertir durante meses enteros, por muy pocos cuartos, al público más displicente, hastiado y *socarrado* de Madrid. ¿Quién más que Felipe se hubiera atrevido á invertir un capital, no pequeño, en levantar un teatro al aire libre en este Madrid, donde superabundaban por entonces los Circos, Guignoles y Eliseos?

Cuando se trataba de actos de caridad, la primera firma que encabezaba las suscripciones era la de Ducazcal. Todas las señoras de las Asociaciones benéficas sabían que en él habían de encontrar siempre apoyo y cooperación. Cuando se ponía en capilla algún reo, Felipe fué siempre el primero que acudía á consolarle en clase de hermano de la Paz y Caridad.

Pasaba en coche, en cierta ocasión, por las Peñuelas, cuando vió á una pobre mujer con un niño en los brazos, que acosada por una turba de granujas huía de las piedras que le tiraban los susodichos. Ver esto y sentir Felipe el noble impulso de amparar á aquella mujer, bajarse del coche y emprenderla contra los pilletes, mientras se alejaba con libertad la pobre madre, fué obra de un segundo. Pero no tuvo en cuenta la aviesa condición de aquellos futuros racimos de horca, y cuando más ufano iba el salvador improvisado, apostrofando á los guripas, una piedra vino á herirle en la boca.

Poco después ocurrieron los sucesos de la infausta noche del 19 de Septiembre de 1886. Su teatro de verano hallábase totalmente ocupado:

—*¡Maldita sea mi suerte!*—había dicho varias veces Felipe.—Esta noche no me cabe la gente, y no sé donde ponerla.

De pronto un grito estentóreo de «¡Viva la república!» dejó al público helado de espanto y en disposición de gritar: «¡Sálvese el que pueda!» Felipe, que estaba en el escenario, se lanzó al Prado para saber lo que ocurría, y allí se encontró con un grupo de paisanos que voceaban mientras desfilaban los insurrectos de Garellano y Albuera. Ducazcal se dirigió á los paisanos arengándoles de esta manera:

—Ciudadanos: váis á producirme un cataclismo; tengo el teatro lleno de mujeres y niños; si me los asustáis con vuestros vivas me váis á matar... ¡Maldita sea mi suerte!...

Los alborotadores que conocían y estimaban á Ducazcal (como le sucedía á todo Madrid), se dieron á partido, y desfilaron hacia la estación de Atocha. Felipe salió en seguida á escena y con un discurso corto y expresivo tranquilizó á su público, como antes, con otro también de reducidas dimensiones, le había evitado los horrores de una desfilada tumultuosa é irreflexiva.

Cuando se trataba de dejar bien puesto el nombre de la patria, como por ejemplo, en la visita que nos hicieron los periodistas italianos, Ducazcal fué también el primero en inscribirse para los gastos, y puso á disposición de la junta de festejos su teatro, á más de una sección de bailaoras de la clase de gitanas, que hizo venir expreso de Sevilla, á donde para el objeto puso un telegrama diciendo: *Mándame seis muchachas escogidas*; ni más ni menos que Menéndez de la Vega (por entonces empresario de la Plaza de Toros) podía telegrafiar: *Encajoneme usted media corrida á todo gasto*.

Aquella función se verificó á puerta cerrada, á la una de la madrugada. ¿Qué pasó en ella? ¡María Santísima! Hubo de todo, hasta cañas de manzanilla servidas á los italianos por luceros andaluces con pañolones de espumilla. En lo mejor de la fiesta, Ducazcal se presentó en el escenario, junto con la *Menegilda*, y pronunció un discurso en lengua francesa, que dejó atónitos de sorpresa y de alegría á nuestros ilustres huéspedes.

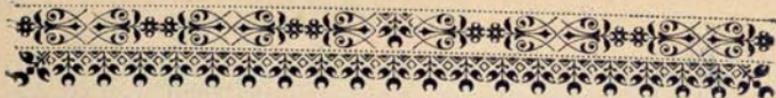
*
* *



Un hombre como Felipe Ducazcal, aguerrido, audaz y valiente; conocedor práctico del género escénico; sencillo, ocurrente, simpático, comunicativo y emprendedor hasta lo imposible, hasta lo absurdo, fué y «sigue siendo» una necesidad, en un pueblo como este que habitamos.

Leal en sus afectos, mostróse siempre capaz de seguir á sus amigos hasta el infierno y... quedarse en él. Dígalo el viaje á Murcia durante la epidemia colérica.

El día que Madrid reflexione y se dé cuenta de que Felipe Ducazcal fué una celebridad conspícua, una utilidad social de primera fuerza, un madrileño de raza, ese día debe levantarle una estatua en el mismo lugar que ocupó el *Teatro Felipe* ó —si alguna vez se hace— en el centro de la Gran Vía, de la grandiosa Avenida que sigue en proyecto.



EL ATENEO VIEJO Y EL ATENEO NUEVO

ERA una necesidad tener coches para los socios poco aficionados á andar á pie y la Junta directiva no vaciló en satisfacerla. Mientras la docta corporación tuvo su domicilio en la calle de la Montera, nadie sintió á deshora *debilidades* que hicieran precisa la instalación de una *cantina*, ni cansancios importunos que implorasen el coche á domicilio.

Verdad es que por aquel tiempo el casón literario tenía color y hasta olor de antigüedad. En aquella mansión destartalada y obscura, la moda no consiguió jamás que se le abriesen las puertas.

Los pasillos llenos de estantes y armarios que no cabían ya en la Biblioteca; las espaciosas salas cubiertas con estera

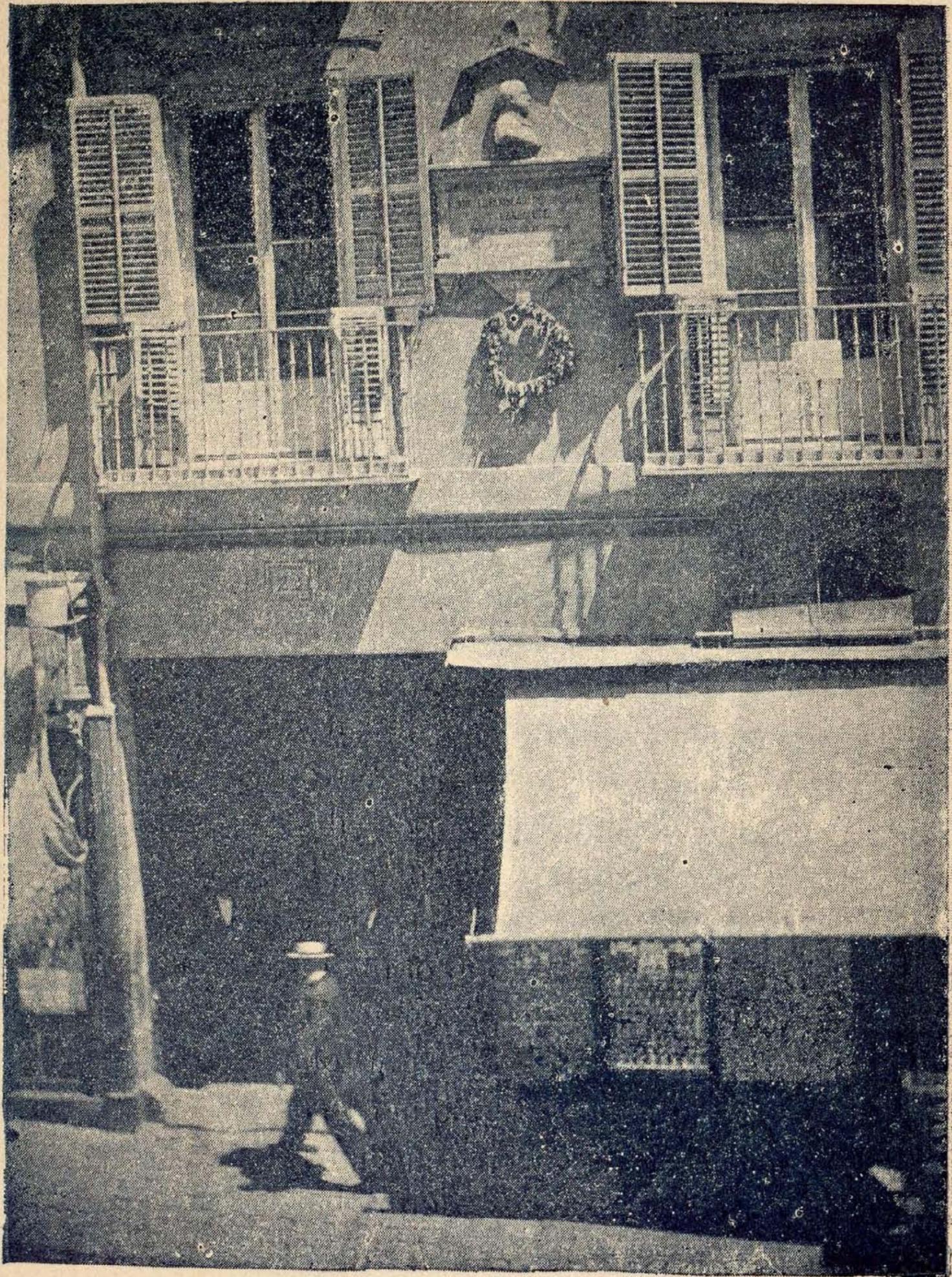
del Hospicio é iluminadas con petróleo y más tarde con gas; aquel salón de sesiones ahumado, bajo de techo, con su plataforma forrada de rojo y su célebre mesa con los dos tradicionales candelabros de cinco bujías; la sala de los viejos; la bulliciosa cacharrería, el característico *Vagón*, la Biblioteca con sus largas mesas y su verdadero caos de libros, legajos y papeles; el vetusto sillón, que llegó á ser de uso exclusivo del ilustre Moreno Nieto, sillón sobre el que se colocaron un retrato y una corona el día triste del fallecimiento del insigne orador; aquella escalera ancha, desigual y *desestucada*, el portalón, apenas alumbrado, el patio lleno de gallinas y palomas... todo llevaba impreso el sello de la tradición; todo era característico, todo resultaba bello y agradable.

Si algún socio tenía sed, encontraba para calmarla, en el ángulo de un tortuoso pasillo, el clásico botijo español con grifo de metal dorado, y un par de copas de vidrio en una bandeja negra y abollada. Si en las noches de conferencia, de sesión ó de lectura, no tenía ganas de quitarse la americana con que había ido á la oficina ó al café, podía entrar con ella, y con el gabán—si tenía coriza—en el salón de sesiones, y fumar cuantos cigarrillos quisiera, y decir al hacer uso de la palabra todo lo que á las mientes le viniese.

Si los muebles sufrían deterioro, el conserje les echaba un remiendo, y así seguían meses y meses.

A nadie le parecía que el local estaba lejos, y casi todos los socios iban á pie, y á pie salían divididos en grupos, y cambiando impresiones sobre el discurso de la noche ó acerca de la lectura poética del día siguiente.

.....



EL ATENEO VIEJO

Pero esto no podía continuar así. El elemento joven dió la señal; el modernismo libró descomunal batalla con los anticuarios de raza que tenían la tertulia diaria en torno de la chimenea del salón de retratos; se aumentó por algún tiempo la cuota mensual, y al fin el Ateneo se trasladó un día á su nuevo local, de mezquina fachada, pero de espléndidas interioridades, y con el polvo de la mudanza se fueron los recuerdos y las tradiciones.

En la nueva casa hay un verdadero derroche de luces de gas, grandes salones de conversación, pasillos entarimados, magnífica Biblioteca... que tiene vacíos muchos armarios, exposiciones de pinturas por las galerías, por la escalera, por todas partes; un salón de conciertos... quiero decir, de sesiones, que es una maravilla de luz y de colores; un salón con escenario-tribuna, butacas parecidas á las del Real, anfiteatro principal y paraíso; un restaurant ó cantina donde se sirve el plato del día ó de la noche, y qué se yo cuantas cosas más.

Allí nos hemos ido todos á continuar la leyenda poética de las antiguas noches del Ateneo, pero faltan en este *cuadro de género* las tintas que, aunque ya muy descoloridas, tenía aquel *de historia* de la calle de la Montera.

Al nuevo Ateneo van muchos socios vestidos de frac, para fijarse más que en el poema ó en el discurso, en las caras bonitas de las damas que llenan la tribuna de señoras. Allí están todas las *dilettantis* literarias, las abonadas á las tribunas del Congreso, á los conciertos del circo de Rivas y á las recepciones académicas. Desde allí presiden la fiesta y buscan distracción á su espíritu ansioso de emociones y á su frivolidad ingénita, bostezando detrás del abanico si en la *platea* se dis-



cute alguna cuestión puramente científica, y aplaudiendo con la punta de los dedos cuando el poeta de imaginación vigorosa hace vibrar las cifras más ocultas del sentimiento.

Como las reglas de buena urbanidad aconsejan que no se fume donde hay señoras, ahí tiene usted á los asíduos concurrentes de aquel salón de la antigua casa, que no soltaban el cigarrillo en toda la noche, haciendo penitencia de forzada galantería, y rindiendo pleito homenaje, pero sin incienso... ó humo de tabaco, á las diosas mayores ó menores que desde arriba les contemplan y estudian.

¿Quién va ya de americana y hongo á un salón brillante como el de teatro en noche de estreno? ¿Quién se retira á casa después de tres horas de sufrir conmociones eléctricas producidas por el flúido de aquella triple fila de ojos, sin reparar antes las fuerzas en la *cantina* con un emparedado y una copita de Jerez?

Cuando la sesión termina, los socios jóvenes se sitúan en dos filas en el amplio corredor, y desde allí ven bajar del brazo de algunos compañeros á todas aquellas estrellas, que relucen más que los reverberos de platino, y presencian así el desfile como á la salida de las novenas.

Después... después como casi todas tienen ó van en coche, era preciso que si surgía en cualquier velada alguna pasión de número ó *transeunte*, encontrase también al traspasar la cancela, carruaje en que correr en pos de lo desconocido.

..Además los socios del Veloz y del Casino tienen coche. ¿Era justo que careciesen de él los del Ateneo de Madrid, científico literario y artístico? No lo era, y para subsanar esa falta y acortar las distancias, se pensó en poner esas berlinas

que ya se conocen con el nombre de «los coches del Ateneo.»

Todo lo demás que falta vendrá con el tiempo. Se dice que algunas floristas acreditadas han pedido permiso para vender ramitos en los pasillos y en el salón; que pronto se encargarán unas mesas de billar, y que Teodoro—el simpático portero mayor—que aún está llorando la muerte de su célebre gato, pasa algunas horas del día jugando á las cartas, por si acaso...

Pero mientras llegan todas esas novedades, ya tenemos coches, y esto algo vale. Realmente será curioso examinar los libros de caja de la Junta Directiva y encontrar en la hoja del *Debe*, al lado de la suma invertida en la adquisición de una obra notable, otro cargo que diga: «Por el suministro de 24 arrobas de paja para los caballos de los coches... tanto.»



Fernández y González.

UNA grave enfermedad, pronto enseñoreada de aquella naturaleza gastada por cruenta lucha, hizo sucumbir á Fernández y González en la madrugada obscura y fría del día de Reyes del año 1888, apagando para siempre la luz de aquella inteligencia preclara y extinguiendo los alientos de un alma, templada como se templan en Toledo los aceros.

No recuerdo en qué periódico leí entonces, que Fernández y González. debiendo haber sido el Walter Scott de España, terminaba su vida, por vicisitudes de la fortuna, condiciones de carácter ó circunstancias de los tiempos, escribiendo á destajo novelas, cuya publicación no causaba ningún efecto en el mundo de las letras.

Este hecho, doloroso, fué por desgracia exacto.

Fernández y González había perdido ya el prestigio que un tiempo ejerció sobre las multitudes, ávidas siempre de saborear sus producciones. Y es más, habíanse llegado á olvidar de él infinidad de gentes en las que no fuera lícito suponer tal flaqueza de memoria.

Fernández y González vivía olvidado.

Sólo para sus íntimos (lo eran muchos), conservaba rasgos de ingenio, y un tesoro de cariñosa amistad, que jamás fué desmentida. Murió pobre. Su habitación situada en la calle del Amor de Dios, ponía pena en el ánimo del visitante, al contemplar aquella sala casi desamueblada, aquéllas esteras humildísimas, la atmósfera, en fin, de supina miseria, que flotaba en todas partes.

Vivió sesenta y siete años de una vida agitada, especialísima, que comenzó en Sevilla y puede decirse que terminó en Madrid en el año 1862, cuando por el enorme exceso de trabajo quedó medio ciego.

En ese tiempo produjo entre novelas, obras dramáticas, poesías, artículos y leyendas, más de *seiscientas* obras. ¡Puede darse fecundidad más grande! ¡Puede imaginarse nada más desconsolador que el hecho de no encontrar en la casa de un hombre semejante, más que *seis reales*, el día de su muerte!

Era poeta de imaginación ardiente. ¡Qué extraño, habiendo nacido en Sevilla y criándose en Granada, las ciudades del sol, de las flores, de los pájaros, de las mujeres bonitas, de todo, en fin, lo que es poesía!

En su cuarto de estudiante, sentado á la mesa, con la pluma en la mano, sentía removerse el fondo de sus entrañas, el

acicate del genio rozaba su epidermis y cantaba las alegrías de la vida, los dolores del corazón, los encantos de las edades históricas repletas de ideales; todo con incomparables vuelos imaginativos, con urbanidad amena, estilo correcto, ingenio dramático, habilidad en los lances, y sobre todo con una galanísima inspiración española, castiza, apasionada, cristiana, que «pintaba» con llamas de púrpura y amor, y ponía el requiebro en la boca y la espada en la mano.

¡Cuántas de estas y de cuántas clases hizo esgrimir su diestra, en la de sus personajes más populares! A haber conservado ejemplares de cada una, para legarlos en herencia, fácil hubiera sido llamar en su casa á los siglos á concilio, y reconstituir epopeyas, con reliquias «vivas» de tanto valor histórico como artístico. Con dichas espadas podría hacerse el resúmen historial de muchas centurias; la cronología de los hechos más memorables; las efemérides patrióticas de esta nación caballeresca, cuyas armas vencedoras, dieron la ley á los pueblos en los ámbitos de la tierra.

*
* *

Astro de este cielo, cuyo sol alumbró el mundo, no fué eclipse completo el de Fernández y González, cuando la cruel enfermedad de la vista llegó á dejarle casi impedido; ni tampoco cuando la iglesia recogió la envoltura humana y cantó sobre su ataud en secuencia de lágrimas, el imponente *Dies iræ* de la aflicción nacional. Su genio quedó en el espacio, y en las horas del crepúsculo, cuando los últimos rayos solares se convierten en polvo de oro, la centella divina quizá venga

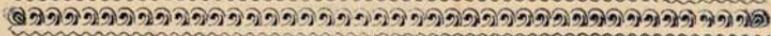


algún día á irradiar sobre la frente de otro novelista poeta y á inspirarle las mismas aficiones en el propio estilo varonil y castizo.

Ciego ya y achacoso, no decayó por eso la inventiva de Fernández y González, ni se amortiguaron los bríos de su imaginación. No podía escribir, pero dictaba sus obras, y aun en alguna de las escritas en tan penosas condiciones se siente palpar el espíritu hidalgo y expansivo de las grandes damas españolas, y hay cuadros primorosos donde se ve la mano pequeña, recatada, que corre la cortina de la litera para evitar un saludo banal ó acaso para corresponder á otro más interesante que formula tiernos conceptos, por la portezuela contraria, y se forma idea clara de la época de los amores... mitológicos y de los mantos, de las cuchilladas dadas y recibidas. Entonces se servía al rey, pero se moría por la dama.

.....

El autor de *El cocinero de S. M.*, fué: en lo heróico, culto y elevado; en lo moral, erudito y sentencioso; en lo lírico, agradable y elocuente; en lo sacro, divino y conceptuoso; en lo amoroso, honesto; en lo jocoso salado y vivo; en lo cómico sutil y proporcionado; docto y ardiente en la frase; grave y fecundo en la sentencia; agudo en la idea, animoso en la inventiva, singular y eterno en la fama.



RICARDO ZAMACOIS

(† en Febrero de 1889.)

FRA el... de Diciembre de 1888. Aquella mañana llegó á Madrid un íntimo amigo mío, que faltaba de la corte hacía más de nueve años. Hombre robusto, de carácter alegre y naturaleza vigorosa, en la que no hizo mella el clima filipino, se apeaba del tren sin muestra de cansancio, y me preguntaba al salir de la estación: «¿Qué funciones hacen esta noche, qué compañías tenéis por aquí?»



Te advierto que, desde hoy, empiezo á verlo todo. Tengo hambre de recordar á Madrid.»

—Corriente—le contesté.—Empezaremos desde hoy. Esta noche te llevo al teatro Lara. Verás una comedia deliciosa, *El padrón municipal*, y aplaudirás á Ricardo Zamacois, al popular y graciosísimo Zamacois, que todas las noches proporciona á los concurrentes á este teatro horas de regocijada emoción.

—No recuerdo yo á ese actor.

—Por fuerza, hombre. Antes de tu viaje lo viste en la Comedia, cuando al lado de Emilio Mario subió el último peldaño de su reputación artística, y fué especialísimo en los papeles de genérico, y creó tipos como el de *La mamá política* y de *Los dominós verdes*, que nadie como él ha interpretado después.

—¡Ah! sí... ya lo creo. Nada, lo que te digo, chico; aquel bendito país, tiene el privilegio de chiflar á los europeos. Me nombras á Zamacois, y te digo que no le recuerdo, cuando precisamente, y cuando aun ausente yo de España he seguido su historia, y sus éxitos, en los periódicos. Me acuerdo, me acuerdo de todo. Un muchacho simpático, alegre, decididor, inteligente, muy músico y muy artista.

—Como todos sus hermanos. Es una familia de eminencias. Elisa, irremplazable en la zarzuela; Eduardo, pintor de notoria fama; Ricardo, uno de los primeros, por no decir el primero, de nuestros actores cómicos.

—¿Y dónde dices que está ahora?

—En Lara; un teatrillo cómodo y elegante, y mimado por los favores de la fortuna. Allí reina en absoluto, y forma con

Balbina Valverde, Sofía Romero, Matilde Rodríguez y Pepe Rubio, un cuadro de compañía, que resulta primoroso cuadro de género... cómico.

—¿De modo que, desde que dejó á Mario, no volvió más á su lado?

—Así ha sido. Zamacois se emancipó; quiso buscar más horizonte en que explayar sus condiciones; se contagió, en una palabra, del deseo de ser primer actor. Es verdad, que él podía serlo por derecho propio, y hasta «vitaliciamente.» Su campaña en Eslava fué poco aprovechable, pues los hábitos del público que asiste á ese teatro, y que ya tendrás ocasión de apreciar, le hicieron perder parte de su finura y distinción, aunque no del todo, pues hasta en los extravíos artísticos de Zamacois, ha habido siempre delicadeza y buen gusto. En ese teatro, tuvo también sus *creaciones*, y en el género lírico cosechó tantos aplausos como en el dramático, porque, aunque con voz escasa, y no de las mejores condiciones, su exquisito gusto, su afinación, su sentimiento, su gracia apicada y su intención sabrosísima le permitieron cantar á gusto de sus oyentes, y aún conmoverlos, más de una vez, profundamente.

—He leído que hizo hace poco una excursión por América.

—En efecto; y excursión colmada de gloria y provecho. Allí se ha dejado una popularidad tan grande como la que entre nosotros disfruta, y simpatías generales.

—Se comprende. Allí, como aquí, el público inteligente no puede dejar de hacer justicia á su singular gracejo, á su dominio de los efectos, á sus incomparables facultades incitativas.

—¡Pues si vieras lo que ha ganado en esto! Antes, ya recordarás lo bien que imitaba á Tamberlick, cuando cantaba, con su misma voz, en el juguete lírico *Mesa revuelta*, aquella copla que decía:

«*El que bebe del agua del Santo
canta luego como un serafín,
y á eso dicen que debe sus triunfos
el insigne tenor Tamberlick.*»

—Ya lo creo.

—Pues hoy, cuando imita á Calvo y á Vico, si cierras los ojos, crees realmente escuchar á los famosos dramaturgos; y cuando la toma con el *Regatero* y con *Frascuelo*, por mucho que los abras no acertarás á distinguir si tienes delante á Zamacois ó á esos toreros. Su talento es tan dúctil y tan flexible como su naturaleza; por eso lo mismo está bien de frac que vestido de corto; lo mismo convence y regocija representando á un viejo caricaturesco que á un gomoso ridículo. Es una verdadera notabilidad.

*
* *

Aí llegar á la fonda interrumpimos la conversación. No salimos durante el día porque aquella jornada de Diciembre fué por extremo inclemente, y ya entrada la noche, tomamos un carruaje que nos llevase al teatro de Lara. Larga carrera en verdad, pues comenzaba al final del barrio de Salamanca.

Mi amigo, acobardado por el frío glacial que se dejaba sentir, y temiendo las consecuencias de una brusca aclimatación, subió los cristales de las portezuelas, y la emprendió con un veguero, que es, según los médicos, preservativo ex-

celente contra los peligros de las atmósferas que el hielo pone casi irrespirables.

—Pues señor—me dijo, apenas el carruaje comenzó á rodar—créeme que tengo verdaderas ganas de ver á Zamacois. ¿Se casó, no es verdad?

Se casó muy enamorado, y es muy dichoso, según dicen.

—¿Y de salud, como anda?

—No tan fuerte ni tan sano como estaba hace algún tiempo. El exceso de trabajo ha quebrantado su naturaleza y le ha hecho además contraer una hemoptisis que le produce malos ratos; pero el cuidado de su familia, los consejos de los médicos, y, sobre todo, su idiosincrasia especialísima y su carácter siempre alegre y jovial, le van remozando poco á poco. Es un hombre feliz, querido en su casa, solicitado de las empresas, mimado por el público. Es un hombre de corazón al mismo tiempo, y vamos, que hay actor para rato. No tiene disgustos y aunque los tuviera, creo yo que de pena no ha de morirse nunca, porque la tristeza no encaja en su temperamento.

—En cuanto á eso, poco á poco; no afirmes tan en absoluto, precisamente conservo en la memoria un hecho ocurrido en Manila poco tiempo antes de mi salida, que me ha demostrado á las claras la facilidad con que puede morirse de pena un hombre gracioso, un actor cómico acostumbrado y obligado á hacer reir diariamente. Se llamaba... no me acuerdo, pero, tanto monta. Era un actor muy parecido, por sus condiciones, á Zamacois. Sin igualarle, poseía como éste, en artística amalgama, la gracia afrancesada y la gracia castizamente española y genuinamente popular. Una noche en que



como tú ahora, llevaba yo á un amigo al teatro, me acerco á tomar las localidades, y el encargado de venderlas me dice: «Advierto á usted que no trabaja... nada, no doy con el nombre.» Se había cambiado el espectáculo con un cartelillo supletorio, y esta circunstancia, unida á la de no tomar parte en la fiesta el gracioso favorito, nos hizo desistir de la idea de pasar la velada en el teatro. ¿Qué había ocurrido? Según los periódicos, el actor en cuestión, desapareció del teatro la noche antes, sin previo aviso y lesionando los intereses de la empresa. Esto resultaba casi una ejecutoria de informalidad reprochable. Pero, no era eso. La noche anterior á la de ese eclipse, al volver á su casa, terminada la función el pobre actor había recibido, en mitad del pecho, algo así como un golpe de maza, que le dejara anonadado. Un «drama de familia» dolorosísimo. Y... se volvió loco.

Al escuchar esta relación, al ver á la luz de los faroles que de tiempo en tiempo iluminaba el interior del carruaje la fisonomía exaltada de mi amigo, medio obscurecida por la espesa nube del humo de los cigarros, me pareció sentir el escalofrío nervioso que suele acometernos al presentir una desgracia.

—¿Y qué pasó?—le pregunté.

—No se volvió á ver en ninguna parte al desgraciado artista. Algún tiempo después se supo que estaba gravemente enfermo en Barcelona. Allí se murió, por último, de pena y de tristeza. El actor *cómico* se había despedido del público res entando entre bastidores una espantosa tragedia...

Confieso que la historia me conmovió. Iba á prolongar el interrogatorio, cuando la berlina entró en un espléndido foco de luz eléctrica. Estábamos á la puerta del teatro Lara. En el cuadro de anuncios, cubriendo el título de la comedia *El padrón municipal* se destacaba un cartelito blanco, escrito á mano, en el que se leía:

Por indisposición repentina del primer actor D. Ricardo Zamacois se representará, en lugar de tal obra, la titulada...

—Zamacois se ha puesto malo—dije á mi amigo. Sin embargo, entraremos para que veas el teatro.

—No, déjalo, ya volveremos cuando él trabaje; mi deseo de esta noche era ver á Zamacois.

Acerquéme, no obstante; al despacho de billetes, y pregunté: ¿Qué tiene Zamacois?

—No se sabe. Hoy no se ha presentado en el teatro, y sus compañeros, no dando importancia á la ausencia, no han ido á informarse y tampoco saben nada.

.....

Desde aquella noche pasaron dos meses. Zamacois no volvió á salir á la escena. La inesperada y triste noticia de su fallecimiento, fué universal y sinceramente sentida por todos.

—¡Pobre Zamacois!





¡Las ferias se van!

VEINTIUNO de Septiembre.

En el Botánico y por Atocha, una muchedumbre nómada, un compuesto heterogéneo de tiendas de campaña, cajones, *garabitos* y tenderetes, se aprietan en filas irregulares como aristas dislocadas del paseo, y aguarda voceando á que los compradores se acerquen á cambiar, por dinero flamante, su repertorio de mercancías trasnochadas.

*
*
*

Las ferias se van.

Las *silba* el ferrocarril del Mediodía, que está allí cerca y las abandonan los coches.

Era de temer este resultado.

La feria madrileña no tiene campo, ni horizontes, ni matices para esas exhibiciones. El Botánico es triste; árido por

extremo el cerrillo de San Blas—de *aguardentosa* memoria—y fatídica y malsana la imponente penumbra del Hospital General que domina el paseo y sus contornos. Por eso algunas pollitas dicen que esa feria tiene *mala sombra*. Además, el otoño aprieta poco y la curiosidad se fija por las mañanas en el andén de la estación del Norte y por las tardes en el paseo de coches del Retiro, donde las señoras se presentan el mismo día que llegan, á lucir la última moda de París, que han pasado la Aduana sin pagar los derechos reglamentarios.

*
* *

Es por consiguiente lógico lo que viene ocurriendo año tras año, más cada vez; que la fila se rompa y los carruajes toquen fagina y se dirijan al Parque por el camino más corto.

Se acabaron, pues, las crónicas de la ronda de Atocha; los atascos y rebullicios; las citas entre los tenderetes; las vueltas y revueltas por aquel eslabón de vehículos que seguía la rasante demarcada por *nueceros* y *avellaneros*. Persistente la desanimación, la feria, que ya fué un día expulsada de la calle de Alcalá concluirá por bajar otro poco, tomar el tren y alejarse para siempre de la corte.

*
* *

Para regenerar esta feria sería necesario traerse á Madrid la luz, el ambiente, la frescura y los encantos que tiene la de Sevilla. Disponer de praderas esmaltadas de verdor, de paseos á la orilla del río con una atmósfera saturada de azahar,

en vez de estar cargada de carbono; de ganados de ovejas, vacas y caballos; tiendas elegantísimas; de pabellones artísticos; de *buñolerías* macarenas; de mujeres bellísimas; de gitanyillas cubiertas de flores y de harapos; de rondas de guitarras y bandurrias; de cantos populares y voces argentinas, como los que inspiran é interpretan la *soleá* y las *playeras*; reunir todo eso bajo un sol resplandeciente que alumbre de día sin quemar, ó bajo una luna plateada que brille de noche como un foco inmenso de luz eléctrica, y enviar enhoramala el paisaje sombrío del erial de Atocha, y su cielo de color de ceniza, que ennegrecen de continuo el humo de las locomotoras de la estación y el de las fábricas de velas y curtidos.

Obra de romanos.

*
* *

De las antiguas y «auténticas» ferias, solo queda en el Botánico un resto bullicioso, los días de fiesta.

Entonces, se reúne por allí, esa masa *indomesticada* de domésticos de ambos sexos, que murmuran y *sisan* seis días á la semana, para bailar el séptimo en torno de una fuente de caracoles.

Pero también esto va decayendo, porque los criados prefieren pasar la tarde en el teatro ó en las Ventas; y la chulería opina que más sabroso que bailar en el cerrillo y comprar en los baratillos trajes y sombreros *con asistencia* de... insectos, como en las casas de huéspedes, es ver á *Bombita* dar unos cuantos de *pecho* y una estocada.

*
* *



Hace ya años que las ferias de Atocha, tuvieron una nueva decepción. No las dejaban « estar » en el paseo de ese nombre, y la edilidad las mandó á ocupar las aceras de la desierta calle de Alfonso XII. Es decir, les dió la *puntilla*.

Aquellas otras ferías del Prado, de estructura á la moderna, *vivieron* lo que la flor de un día.

Hay que desengañarse. En Madrid no hay más que una feria popular y de éxito; la feria... de las mujeres.



El Espartero.

FUÉ un momento horrible. El cuerno del toro enganchó, «escondiéndose» dentro, el cuerpo del torero; y cuando Manuel, violentamente despedido, cayó al suelo, se le vió encogerse en tremenda, casi inverosímil contracción, como á impulso de un dolor vivísimo, como en la suprema crispación de formidable agonía.

¡Muerto! gritamos muchos; y por desgracia era así. El parte facultativo habló de veinte minutos de vida en la enfermería. Yo dudo, con todos los respetos, de esa afirmación. Manuel murió en el acto; acaso sobre el mismo pitón de la res. Todo lo que hubo después no fué vida, propiamente dicha; fué un aleteo inútil; una «ondulación» estéril del orga-



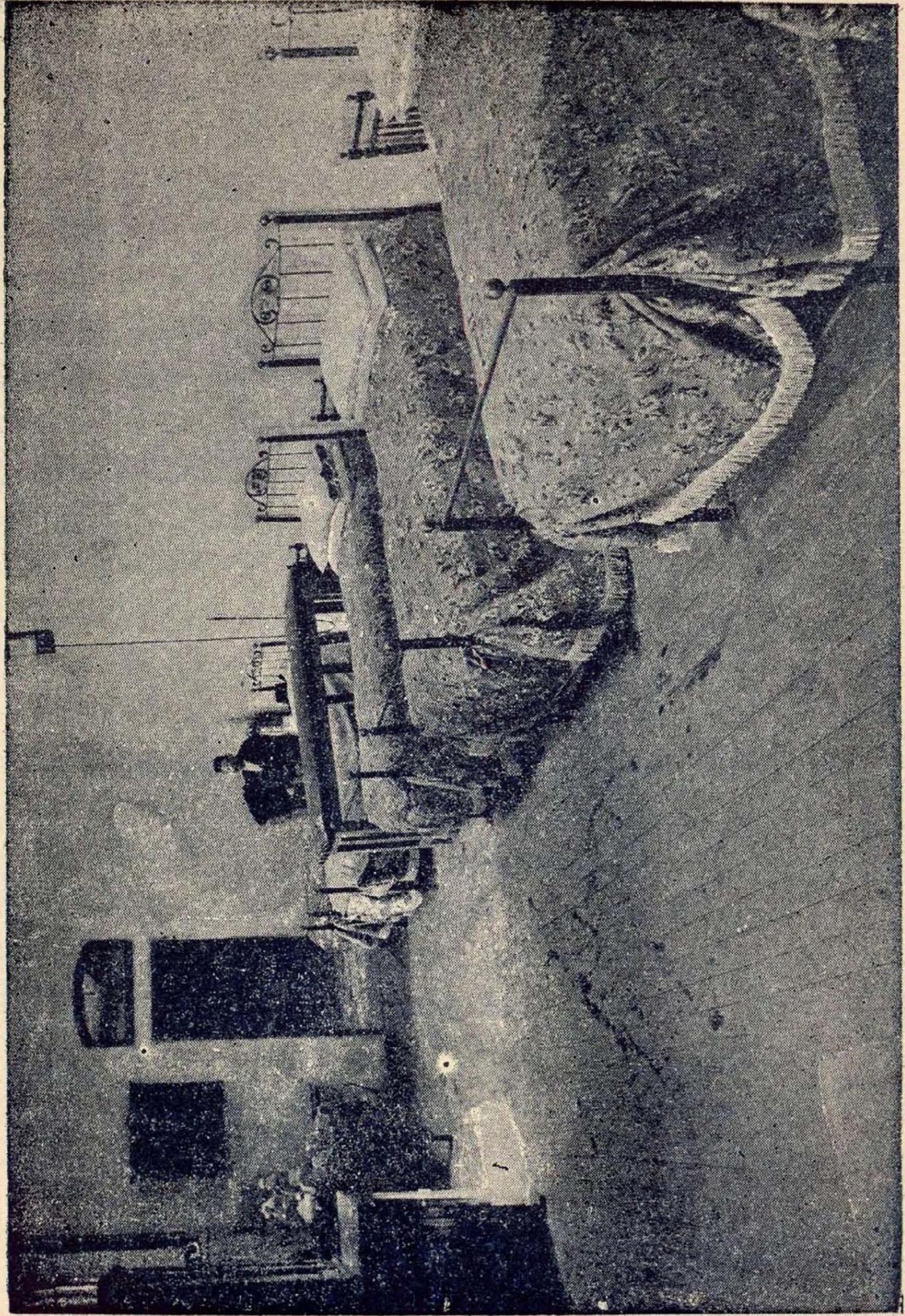
nismo; un «escape» hacia el final definitivo; palpitaciones artificiales, rápido epílogo de la emoción y de los golpes... Pero ni Manuel salió del colapso, ni habló palabra, ni sus ojos se movieron, ni la sangría produjo efecto, ni quedó un átomo efectivo de vida en aquel cuerpo magullado y cubierto de sangre, que los dependientes de la plaza llevaron en brazos á la enfermería.

Cogida espantosa, cogida de muerte; le mató instantáneamente. ¡Pobre Manuel.

* * *

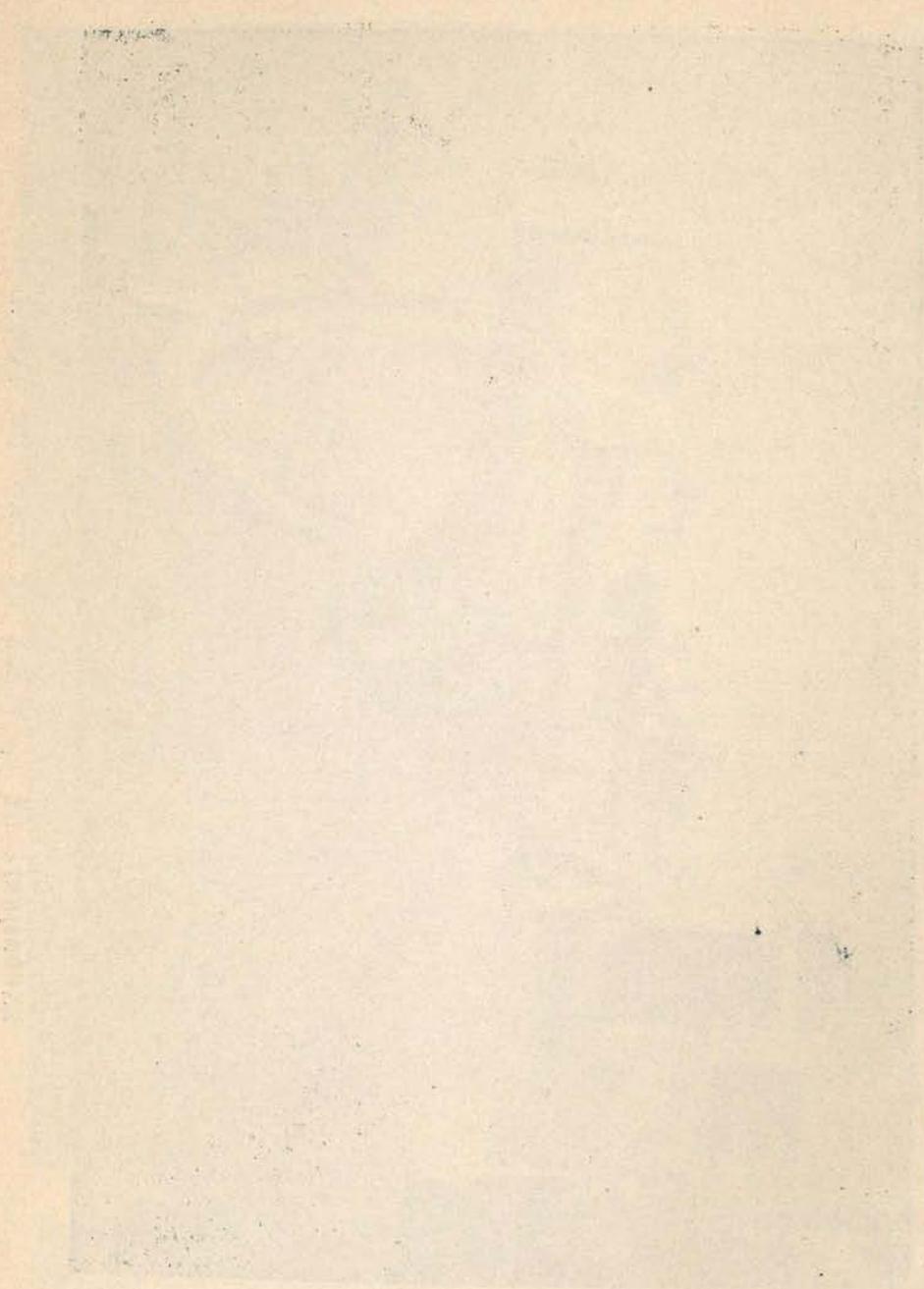
Treinta heridas que apenas dejaron parte sana en su cuerpo; igual número de cicatrices que, acaso con su *tirantes*, quitaban agilidad á los movimientos, bien dan derecho á suponer que Manuel era un predestinado.

Quiso ser torero para ganar con qué poner en trono de



ENFERMERÍA DE LA PLAZA DE TOROS DE MADRID





plata á su madre, y lo fué merced á una voluntad de hierro, jamás doblegada.

Quiso, ya en la profesión, rayar donde otro lo hiciera, y el mismo esfuerzo colmó su deseo, rodeándole de popularísima celebridad, y colocándole en poco tiempo entre los diestros de primera fila y de mejor cartel.

No ha habido, aparte de *Frascueto*, torero más castigado por los toros, más duro ni más despreocupado que Manuel García, ni lo ha habido más valiente, pues sus respetidas y gravísimas cogidas le acreditaron de tal. A cada herida cerrada, nuevos bríos, y nuevas temeridades, y mayores pruebas de bravura.

Sus alientos, sus grandes energías y su privilegiada naturaleza, le sacaron vencedor en cien percances.

Pero un minuto fatal le acechaba, y el 27 de Mayo de 1894, ese instante de desventura, ha borrado las ilusiones de la retirada ya próxima y honrosa, de un casamiento mucho há ambicionado, de una vida tranquila, de una buena vejez, más tarde, al calor de los dineros á tanta costa ganados.

Se fué todo eso, y lejos de su tierra, lejos de sus «sagradas» afecciones, de los dos grandes cariños que le llevaban á Sevilla durante la temporada de toros, en cuanto tenía libres unas horas y por lejos que se encontrara, exhaló el último aliento, envuelto en un indefinible gesto de amargura, y entre el centelleo alegre de rico traje verde y oro.

*
* *

Tiempo hacía ya que no se registraba en la tauromaquia



una de esas páginas negras, uno de estos dramas terribles que ponen espanto en el ánimo mejor templado, y aun lágrimas en los ojos más secos.

La ganadería de Miura ha tenido el triste privilegio de continuar la necrología taurina, á la que ha sumado otra catástrofe, como la de *Pepete*, rápida y tristísima; como la de Mariano Canet (*Yusio*), conmovedora y horrenda

Pidamos muchos años de tregua. De lo contrario, habría para renegar de una *fiesta* que tales «duelos» ocasiona, y qué ya, en presencia de ellos, á nada se parece en cuanto á lo glacial, despiadado, cruel y repugnante *de sus indiferencias*.

Porque eso sí. «Hace daño» ver, como vió esa tarde Madrid en su Plaza de Toros, que después de muerto un hombre joven, valiente, en lo mejor de su vida, y muerto por sorpresa sin decir ¡Jesús! en un segundo fatalísimo de desgracia, la función continúe, la lidia siga y surjan nuevos peligros, y resuenen más aplausos y vuelva la alegría, y vuelva el jaleo y la música toque, y toque casi encima de la enfermería, convertida repentinamente en fúnebre capilla ardiente.

Eso, con todo lo que en su abono diga la «costumbre» y sancione la *especialidad* de nuestro carácter, y justifique (?) el reglamento, lo repito, *hace daño* y saca los colores á la cara.

De mí sé decir que no tuve valor para continuar en mi sitio. Bajé al patio de caballos, entré en la administración, perseguí el drama en sus dolorosas «intimidaciones», ví en la capilla el cadáver del infortunado matador, y esta «permanencia en la emoción, esta (acaso inexplicable para algunos) continuidad del luctuoso espectáculo que había presenciado en el redondel, me pareció proceder más lógico, más humano,

más piadoso, en fin, por lo mismo que era muy desagradable, que el seguir «divirtiéndose» en el tendido y hasta en los palcos, ¡oh incomprensible imperturbabilidad! con la brega azarosa, trémula, descompuesta de otros diestros profundamente impresionados con la desgracia del compañero.

¡De eso á pedir ¡caballos! no hay gran diferencia que digamos!



Manuel García (*El Espartero*), que aquel año había toreado en constante desgracia, oyendo silbas, muchas veces injustificadas, ha muerto por exceso de valentía y de vergüenza, y ha muerto en una tarde triste, en un ambiente impropio y antipático: cielo nublado, muy escasa entrada, cartel sin alicientes... una especie de «novillada,» en una palabra, de cuyo «marco» sobra su figura de matador de toros notabilísimo, y de torero hábil, elegante é inteligente.

Acaso próximas ovaciones, ganadas muy en justicia, y muy á ley, pero otorgadas con el pernicioso exclusivismo que nos retrata de «cuerpo entero», exclusivismo odioso é insensatez absurda, que para agigantar los éxitos de uno, zahiere y posterga sin conciencia, sin causa ni razón á los demás, hicieron que aquel pobre *Maoliyo*, libre de preocupaciones y de comparaciones, viera llegado el instante de su rehabilitación, y acaso por ésto, sin tener en cuenta que á los toros *ladrones*, como el que le ha matado, se les estoquea como vimos estoquear el domingo aquel segundo de la corrida, se entregó á PERDIGÓN en busca de un triunfo, si no igual, se-

mejante á los que, tarde tras tarde, había escuchado á su alrededor, ensordecedores, inacabables, hasta que cuando él salía de los estoques, en «su turno», cedían el paso á los chicheos y á las frases mal sonantes.

Esto no es más que una idea, quizá para alguien un «mal pensamiento»; pero sea como quiera, algo semejante pudo influir en la desgracia, y por insignificante que ese algo sea, no he de ponerle disfraces, sino decir á ciertos aficionados: corregid vuestras intemperancias, sed cuanto pródigos gustéis con los afortunados y con los ídolos, pero no humilléis con crueldad á los desgraciados, á los ídolos de... «ayer por la mañana», que volverán á serlo... «pasado mañana», y sobre todo, medid el alcance de vuestros ataques, de vuestros silbidos, de vuestros desprecios, que el torero es hombre, no es «una cosa», y como hombre tiene anhelos, y sentimientos, y amor propio sobre todo, y el amor propio, hostigado y ofuscado, conduce á la desesperación muchas veces, y «de su mano» puede llegar á la muerte.

*
* *

Unos padres sin el hijo cariñoso que á ellos dedicaba sus mayores desvelos; una mujer enamorada, que había de compartir en breve las bienandanzas del honrado hogar del exmatador de toros; una cuadrilla sin jefe, dispersa, ambulante, acaso falta de pan que llevar á sus familias... ésto es lo que quedó detrás de la muerte de *El Espartero*, que se conmemoró, como es de rúbrica, en la corrida siguiente, vistiendo los diestros que la lidiaron faja y pañoleta negras.

Ya no había señal en la arena de la sangre con que la regó el simpático espada.

Y después de ese *funeral*... lo de siempre: el olvido y el acicate de nuevas emociones que abarrotarán la Plaza, cuando otro día anuncie el cartel TOROS DE MIURA. Porque somos realmente salvajes en estas cuestiones.

